II.

Composicion leida en el panteon de San Fernando, en la inhumacion de los restos del Sr. general D. Santos Degollado.

Ave, Cesar, morituri te salutant.

Revienta el huracan, y el mar quebranta
Sus poderosas aguas en la roca,
Y á los cielos soberbio se levanta,
Y en su rugir profundo,
Estremece las márgenes del mundo
Y su gemido al marinero espanta.
La marina estension cruza una vela
En la tormenta por el mar batida;
Audaz piloto que salvarla anhela
Empuñando el timon, surje sereno
En el hirviente mar, su frente erguida
Halla impasible el resplandor del trueno.
Salva la nave, y se ve sobre cubierta

En su agitado anhelo
El purísimo azul de un ancho cielo,
Brillante toldo á la estension desierta.
En el último choque turbulento
El ronco mar que la tormenta ensaya,
Le arrebata violento
Y le arroja cadáver en la playa
Entre las ondas que encrespara el viento.
Tal es, ¡oh mártir! la sublime historia
Que tu existencia de heroismo encierra:
Si te negó en la tierra
Sus fugitivas luces la victoria,
En tu lecho de muerte
Perenne brilla el astro de la gloria.
Tu estrella infiel, en el postrer momento
Se mostró compasiva, y por cadalso
Te consagró el soberbio monumento
De mártires sin nombre!
¡Apoteósis brillante en ese osario!
¡Cristo de la Reforma!
¡El monte de las Cruces por calvario!
En sus arcanos, el Señor no quiso
Dar una muerte á tu ambicion oscura,
Y de tu gloria en el feliz delirio,
Puso en tu erguida frente
La sublime aureola del martirio.
¡Valiente capitan! tú no moriste
De la muerte del vulgo; esa sí aterra
El corazon valiente;
Que al escuchar los ecos de la guerra
Un noble arranque en sus latidos siente.
Tú invocabas al rayo de esterminio
Cuando en su choque la fatal metralla,
Sin compasion heria
La noble juventud que en la batalla
Tus estandartes trágicos seguia.

De libertad la planta bienhechora
Con sangre se regó, de tu destino;
En el revuelto mar, nunca á deshora
En el confin te dibujó una playa
Solo con la memoria:
Un patíbulo horrible en Tizayuca,
Un cadalso sangriento en Tacubaya.
¡Silenciosa por la lira
Trémula va mi mano; los crespones
No separeis; el alma se estremece,
El recuerdo velad, que desfallece
La monótona voz de mis canciones.
Venid en derredor de esta tribuna,
Aquí en la intimidad de nuestra pena
Su historia recordemos,
Y delante del cuerpo ensangrentado
En el silencio del dolor lloremos.
¿Dónde la loca vanidad que sueña
Interpretar las páginas oscuras
De ese libro cerrado del destino?
El Hacedor del cielo
Puso entre el porvenir y sus criaturas
Los anchos pliegues de su eterno velo.
Ante el juicio severo de la historia
Puede culpable aparecer? ¡mentira!
Esa tormenta que hasta el sol envuelve,
Disiparán las brisas de mañana:
¡Cadáver! hoy te absuelve
El tribunal de la conciencia humana!
Restos ensangrentados, pobre herencia
De tus soldados fieles
Que á tu lado jugaron la existencia
Y partieron contigo sus laureles,
Guardamos tu memoria
Del corazon en la hostia sacrosanta,
Porque tu sombra en medio de nosotros

En las horas de duda se levanta.
¿Dónde esa fé que luce y reverbera
Como el fuego del sol sobre el desierto,
Que conservó en tus manos la bandera
Hasta llegar tranquilo
¡Ay! á la márgen del sepulcro abierto?
La respiramos nosotros en las auras
Con que mayo meció nuestro estandarte
Entre los roncos truenos
Que fueron á la tumba á despertarte.
Deja el sangriento asilo, alza la frente;
¿No ves los timbres de tu gloria ilesos?
¡Eterno Dios, el soplo omnipotente
De la resurreccion, manda á esos huesos!!
No dejes, no, tu funeral sudario,
Ni sacudas el polvo de la tumba;
En tu sueño profundo
Se proyecta tu sombra sobre un siglo,
En esa historia universal del mundo.
El astro que alumbró tu altiva frente
Refleja un mar de sangre;
Tú no escuchas las voces estrangeras
Que estremecen el monte, la llanura,
Y repiten las altas cordilleras;
A sus ecos de muerte
Se mecen con desden nuestras banderas.
En la lucha sangrienta, de esterminio,
Ante tus restos clamarán los libres,
Con acento terrible, sobrehumano,
Cuando al llamado de la pátria acudan,
Como en el circo el gladiador romano:
Los que van á morir, hoy te saludan.

Julio 21 de 1862.—*Juan A. Mateos.*

Poesía pronunciada en el panteon de San Fernando el dia 21 de Julio de 1862, en memoria del C. Santos Degollado.

¿Ya estas aquí? Muy tarde, amigo mio,
Nos volvemos á ver; cuánto ha cambiado
En pocos meses el destino impío;
Ayer te ví dichoso, entusiasmado,
Hoy me presentas tu cadáver frio,
Hoy contemplo tu cuerpo ensangrentado;
Y al preguntar al mundo por tu suerte,
Me viene á responder solo la muerte.
Aun conservo robusto entre mi oido
El aplauso de aquella galería;
Aun observo tu pecho conmovido
Al mostrar la reaccion nube sombría;
Aun escucho del pueblo ese gemido
Arrojado en inquieta algarabía:
Y aun conserva mi vista tu semblante
De ardor cubierto y de virtud radiante.
Cada mirada sobre tí caia,
Cada soldado tu espresion marcaba,
Cada cual tus palabras repetia,
Cada mano un aplauso fabricaba,
Cada pecho su aliento contenia,
Cada lábio sus *vivas* pregonaba;
Y con el eco de tu voz sentida,
Sintió aquel pueblo renovar su vida.
Pero con todo, en mí no produjeron
Esas palabras variacion alguna;
Cuando ví que tus lágrimas corrieron,
Tiempos pasados luego me trajeron,
Pues ví en antiguos hechos con tristeza,
Mandar tu corazon á tu cabeza.
Él va á morir, me dije, sí, corramos,

Es preciso impedir esa partida,
Y si es cierto, si es cierto que lo amamos,
Cuidémosle mejor su cara vida;
Si dejamos que vaya, lo entregamos
A la reaccion malvada y homicida:
Que el que va á defender nuestro derecho
Tiene siempre un puñal sobre su pecho.
Y al esclamar así, he abandonado
El lugar que ocupé; descendí luego,
Llegué hasta el corredor, donde marcado
Estaba el sol con su brillante fuego;
No sé si por su efecto deslumbrado
Miré de chispas un copioso riego;
Pero sea con el sol ó mi delirio,
Ví en tu frente la llama del martirio.
¿Recuerdas que te hablé? Notaste acaso
Mi horrible turbacion, mi aguda pena?
¿No viste, dí, mi vacilante paso
Cual si arrastrara al pié férrea cadena?
No miraste tampoco aquel ocaso
Bañando en palidez tu faz serena?
¿No viste, en fin, bañado tu camino
Con la funesta raya del destino?
Lo viste, oh! sí, lo viste, y por lo mismo
Te quisiste mostrar de gozo ufano;
La firme voluntad del heroismo
Te dió entonces esfuerzo sobrehumano;
Y con todo, al medir aquel abismo,
Hácia mí se tendió tu franca mano,
Y hallé en esa espresion la despedida
Que me ofreciera una ilusion perdida.

. . . . . .

Despues, era de noche, y yo soñaba
Creyendo ver el cielo y las estrellas;
El rumbo de Toluca demostraba
Muchas flores de luz, claras y bellas;

Pero negros celages procuraban
De aquellos astros anublar las huellas,
Y una estrella que roja se veia,
Con aquellos celages combatia.
Poco duró el combate; nube horrenda
La pobre estrella sepultó en su seno,
Y en vano el astro procuró la venda
Rasgar activo, por brillar sereno,
Ese negro vapor en la contienda
Derramó en todo el cielo su veneno;
Y por burlar la estrella y su desmayo
A la tierra le dió luz con el rayo.
Este mi sueño fué, y al otro dia
La prensa y los amigos pregonaban
Tu sensible final, yo recibia
Los diversos detalles que me daban;
Mas si alguno tu muerte referia,
Si algunos tu desastre me contaban,
Yo decia para mí: lo que han pintado,
Anoche entre mi sueño lo he mirado.
Sí, general, yo siempre desconfiaba
De tu buen corazon; siempre he creido
Que tu heróica clemeneia, solo hallaba
Horrible ingratitud en el vencido;
Por esa compacion aun arrojaba
Su deber el soldado en el olvido:
Perdona si mi voz es imprudente
Pero al pié del sepulcro no se miente.
¡Cuantas veces, ¡oh Dios! un asesino
El abrigo encontró de tu clemencia!
¡Cuántas veces, ¡oh Dios! ancho camino
En vano te mostró larga esperiencia!
Hoy nos enseña tu enlutado sino
Un partido malvado y sin creencia;
¡Ah general! recuerda que no es bueno
El calentar la víbora en el seno.

Tù has visto ya muy pronto la manera
Con que Galvez se muestra arrepentido,
Empuñando de Francia la bandera;
Pues mas tarde verás, cómo reunido
Ese *bando* que hasta hoy se considera
Y está en nuestras doctrinas admitido;
Tú verás cual se forma por *bandadas*
Para ofrecer á Francia sus espadas.
Ah! tú verás tambien cómo el empleado
Nuestros secretos y gobierno vende;
Tú verás nuestro cuello amenazado,
Verás esa traicion cómo se estiende,
Verás de ese perdon el resultado,
Verás la gratitud cuál se comprende,
Y verás que tal véz esa clemencia
Nos puede arrebatar la independencia.
No es el perdon el que por hoy conviene
Para matar la culpa y estravío;
Al perder la reaccion, luego previene
De atroz venganza su sangriento rio;
Esa faccion infame solo tiene
En vez de corazon un mármol frio,
Y al dejarla vivir no calculamos
Que con su vida, muerte conquistamos.
No hay duda, no, que si te levantaras,
En vez de compacion, justicia hicieras
Y á la reaccion infame castigaras:
¿Por qué ántes no lo hiciste? No murieras
Del sacrificio en las terribles aras;
Ni á tu pueblo el ejemplo le ofrecieras
De ver con una cuerda suspendido,
Al mártir por el cielo bendecido.
En fin, ¡oh general! sigue la senda
Hasta ocultar tus restos en la fosa;
El amor de la pátria será ofrenda
Que señale tu paz con blanca rosa;

No estrañes que sea triste mi leyenda
Cuando pinto tu vida tenebrosa,
Que nunca para hablar de noche umbría
Se ha mostrado el fulgor de ardiente dia.
Vas á dormir en suelo no sagrado;
Le dará la reaccion á esto, censura,
Mas no temas que el juicio del malvado
Destroce la virtud de que murmura,
Todo el suelo del mundo está formado
Por Aquel que formó la criatura:
Tu puerta funeral tranquilo cierra,
Dios vé todas las tumbas de la tierra.

Julio 21 de 1862.—*Joaquin Villalobos.*

Poesía dedicada al C. Santos Degollado.

¿Conque es verdad que el huracán deshecho
De la civil contienda
Tan bárbara y temida,
Llegó á tronchar con inaudito encono
Que yo lamento, pero que no perdono,
Tu interesante vida?
¿Conque es verdad que tus queridos restos
Que tanto tiempo nos negó la suerte
En esa tumba para siempre yacen,
Y es una amarga realidad tu muerte?....
¡Cuántos dudamos de tu fin sangriento!
¡Cuántos al cielo con afan pedimos
En medio de una horrible incertidumbre,
Tu ambicionada salvacion en vano!
¡Oh! Dios no oyó nuestras humildes preces
Estrañas en los ámbitos divinos,
Y tú el mas noble, generoso y grande
De los caudillos de mi pobre pátria,

Sacrificado fuiste
Por viles y cobardes asesinos.

Los hijos del error, los que en tu sangre
Rabiosos se bañaron
Llenándonos de amargo desconsuelo
Y de dolor profundo,
Sobre sus frentes de Cain malditas
Llevan con sangre para siempre escritas,
La execracion del mundo,
La soberana maldicion del cielo.
Pero no basta á compurgar el crímen
La infamia que enegrece la me moria
De tan villanos séres
Ni basta el anatema
Que sobre todos arrojó la historia;
Es necesario que el poder te vengue,
Que la justicia humana
Que de los hombres por la ley dispone,
Cumpliendo con la ley, nunca perdone.
¿Dónde están todos tu verdugos, dónde?
¿Sobre cual de ellos recayó el castigo?
¿Nadie á mi acento de dolor responde?....
Responda el enemigo
Que con su planta aleve
A profanar se atreve
Nuestra infelice pátria
Cubriéndola de horrores.....
Con él se unieron y por él combaten,
Son asesinos y ademas traidores.
¿Que és lo que ha hecho el pueblo soberano
Para vengar tu muerte
Despues de darle cuanto dar podias?
Alzar el grito por algunos dias
Y contentarse á poco,

Solo tus hijos en silencio gímen
Henchidos de amargura
Su horrible desventura,
En tanto que, se regocija el crímen.
Tal vez el cielo castigarnos quiso
Con tu martirio horrendo,
Y castigar la ingratitud impía
De los que nunca comprender supieron
Tu abnegacion sublime,
El sacrificio inmenso
Que tu ultrajada dignidad hácia,
Cuando la envidia, la ignorancia, el dolo,
Sus tiros ponzoñosos te asestaban
Para menguar la inmarcescible gloria
Que tu constancia y tu valor te daban;
Mientras que tú de sufrimientos harto,
Sangrando el corazon te complacias
En esclamar con ademan tranquilo,
Buscando siempre de acallar el modo
A la calumnia infame:
Todo lo sufro por mi pobre pátria,
Todo para ella, por mi pátria todo,
Me basta que ella me comprenda y ame.

Y no fué un sueño el pensamiento tuyo,
Fué una verdad que presentar debias,
Sombra querida que en luctuosos dias
Fuiste el constante, el indomable apoyo
De nuestra hermosa idolatrada pátria.
Ella te amó, te comprendió, y por eso
Sobre tus restos venerables llora:
Están sus ojos en tus hechos fijos
Y eternamente llorará sin duda
Por tí el mejor de sus mejores hijos.

¡Cuanto mi pátria desolada diera,
Génio creador que improvisar sabias,
Legiones y legiones,
Que combatir hacias
Con bravos y aguerridos batallones
Del enemigo precursor del galo;
Porque tu acento resonar se oyera,
Y convocando á la guerrera gente
De mi pátria doliente
Que patriotismo exhala,
Tu fuerte brazo combatir pudiera
Por nuestro hermoso pabellon de Iguala!

Espíritu sublime,
Mártir que al cielo se elevó buscando
La dulce paz que le negó este mundo,
Alza la frente y nos verás llorando
Sobre tus retos, con dolor profundo;
Inspíranos tu aliento
Tu indómita constancia
Para abatir el insolente orgullo
Del coronado malhechor de Francia
Que á conquistarnos manda,
Hollando sin piedad nuestro hemisferio,
Sin comprender que deben
Quedar aquí vencidas,
Con todo y tan temidas,
Las águilas rapaces del imperio.
¡Oh! tu memoria ensangrentada sea
El aguijon constante
Que nos conmueva á todos
Y nos arroje á las batallas siempre,
Aunque la actual generacion sucumba,
A defender la pátria,
A defender tu venerada tumba.

Julio 21 de 1862.—*Julian Montiel.*

Composicion leida en memoria del C. Santos Degollado.

Hoy te saludo yo, noble espartano,
Hijo de la virtud y la constancia,
Libertador del pueblo mejicano,
Terror del fanatismo y la ignorancia.
Hoy te vuelvo á mirar, no con tu brio,
Ni en la mano la espada del valiente:
Te ha colocado tu verdugo impío
La corona del mártir en la frente.
Apóstol de la causa sacrosanta,
Conservaste tu nombre sin mancilla;
Y hacia el empíreo al elevar tu planta
El lustre de tu gloria siempre brilla.
Tú personificaste la fé pura
Que inspira la sagrada libertad,
Y en medio de sus horas de amargura,
Al pueblo entusiasma tu lealtad.
En tí puso su fé, tú eras su guía,
Su bandera te dió, la tremolaste:
Salvóla tu amor pátrio y tu hidalguía,
Y cubierta de gloria la entregaste.
La libertad, hija de Dios, sublime,
De enlutado crespon se ve cubierta;
Sin encontrar consuelo, triste gime
Al ver la flor de su esperanza muerta.
El pueblo mejicano que te admira,
Se despide de tí triste, muy triste;
Y á doblar su dolor tambien conspira
El pensar que dichoso nunca fuiste.
Si el mundo un pedestal te levantara
Por conservar intacta tu memoria,
El Popocatepetl nunca bastara
A sostener el peso de tu gloria.
Tu nombre en letras de oro está grabado

En el libro sagrado de la historia,
Y en el maldito pecho del malvado
En roja sangre queda tu memoria.
Descanza en paz, ilustre ciudadano,
Descanza en paz, demócrata eminente;
Tiende á tu pátria protectora mano,
Su dicha alcanza del Omnipotente.
Tu ejemplo seguirémos con ardor;
Y al presentarse de justicia el dia,
Tu nombre aumentará nuestro valor;
Y á impulso del acero destructor,
Muerta caerá la infame tiranía.

Julio 21 de 1862.—*José Abrego.*

Al benemérito C. general Santos Degollado, en su aniversario fúnebre.

Ved ahí al héroe, que con voz potente,
De mi pátria á los déspotas rebata:
Sobre él el golpe descargó inclemente,
Que astuta le acechaba
Esa turba infernal de hombres que vemos
Horrorizar al mundo con su rábia.
¡Maldicion!! ¡maldicion!!
No halle clemencia el asesino aleve;
Ni á los traidores con piedad miremos;
Se humillarán acaso, pero nunca
Obtendrán de la pátria su perdon.
¡Oh! ¡cuánto nos robó! con saña impura,
Con mano fratricida.....
Esa cruzada que al francés aclama
Y dirige Almomte el parricida!!
¿La mirais agitarse,
Como se agitan en el bosque umbroso

El tígre tan odioso,
Como el lobo rapaz?.....
Cual estos, sangre sin cesar deseaba;
Y vertióla su brazo presuroso.
Ha muerto el hombre! de mi pátria el génio!
La joya del Anáhuac!.....
A nuestra vista está tendido y yerto....
Su cuerpo destrozó la fuerza bruta;
Mas su alma habita la mansion del cielo.
¡Oh triste realidad! triste, por cierto!
Al recordar la aureola que ceñia,
De inmarcecible y duradera gloria,
Esa su frente, por la muerte fria,
Se exalta su memoria,
Y aquel ódio profundo
Que á su asesino le profesa el mundo.
¿Quién le remplazará? ¿Cuándo, infelices,
Reunidos volverémos á mirar
Lo que absorta la tierra contemplara,
La honradez, el valor y el patriotismo?
Que en el ilustre, por quien hoy lloramos,
Cada dote de aquestas encarnara.
¡Oh cuánto injusto el cielo
Nos reserva de llanto y desconsuelo!
Méjico, llora: porque tu hijo amante,
Tu valiente campeon,
Tú porvenir, tu orgullo, tu esperanza,
Descansa en melancólico panteon.
Tu libertad le debes, pátria mia....
Te amaba delirante,
Y muchos morirán ántes que nazca
Quien te pueda elevar á mayor gloria,
Quien pueda darte placenteros dias.
De gratitud profunda
Eleva un monumento á su memoria!
Vírgenes del Anáhuac, vuestras frentes

Ceñid de helecho fúnebre: de luto
Vestíos, y, diligentes
Coronas preparad para su fosa.
Venid, vírgenes bellas,
Y cánticos dolientes
Entonad tristes con la voz quejosa.
Sobre esa tumba ruede
Vuestro copioso llanto;
Transida el alma, sin hallar consuelo;
Y deponed ahí frescas guirnaldas,
Tejidas de arallan
Con siempre-viva;
Símbolos de la gloria y el recuerdo.
Venid tambien, vosotros,
Los que sentís el pecho
Como volcan arder en justas iras.
Venid, ¡oh juventud! mirad su lecho....
¡Nada lo saca de su triste calma!....
Mas no lloreis tambien; porque los héroes
No quieren nuestro llanto;
Imitadores quieren y venganza.
Cese, cobardes, nuestro cruel quebranto;
Empuñe cada brazo
La vengadora espada;
Y al reaccionario, en tanto
Hiera en los montes ó en el campo raso.
Duerme tranquilo, duerme,
Ilustre Degollado,
En tanto que tus ojos vierten llanto,
Que la pátria tu muerte haya vengado.
¡No quedarán impunes, con tu sangre
Se han manchado tus viles asesinos!
De rodillas en vano
Compasion pedirán de sus maldades.

Julio 21 de 1862.—*Angel Baz.*

En las ecsequias del invicto é inmaculado patriota ciudadano Santos Degollado.

Silencio, y contemplad; he aquí un recuerdo
De los grandes patricios que lucharon;
De los que, cual Ocampo, Valle y Lerdo,
A la pátria la vida consagraron.
Ved, ecsánime ya, bajo la fosa,
Un cuerpo ántes activo y esforzado,
Léjos el alma noble y generosa
Que llenó de virtud á Degollado.
Ese hombre ilustre y de constancia lleno,
De corazon magnánimo y valiente,
Al ser patriota nos dejó el ejemplo,
Y ya el martirio circundó su frente.
Miradlo reposar en la tormenta,
De amarguras, de penas y desvelos;
Ya no se oye su voz, porque no alienta;
Pero cantos entona desde el cielo;
Y en la eterna mansion, sublime gloria,
Donde inspira la dicha y la verdad,
Se goza Degollado en su victoria,
Para el mundo pidiendo ¡libertad!
El héroe que al dintel de la ventura
Ni por un solo instante se acercó,
Porque al ver á su pátria en desventura,
Vida y familia, en holocausto dió.
Fué todo su delirio y ansiedad,
A los pueblos librar del vil tirano,
Convertir al vasallo en ciudadano,
Buscando para todos igualdad.
Descance en paz, el génio desprendido
De pompa mundanal, y de ambicion:

El héroe que en su afan solo ha querido,
Progreso, libertad y salvacion.
Esa tumba inmortal en que reposa,
Cúbrala el estandarte tricolor;
Y allí sus hijos, y su tierna esposa
Depositen sus lágrimas de amor.
En su sepulcro el resplandor divino
Brillará sin cesar sobre su busto,
Que el sol de gloria sigue en su destino
Al mártir de bondad, al hombre justo.
Derrame llanto el pueblo Mejicano,
Y venga á colocar agradecido,
Los laureles sin par que ha merecido
Tan humilde, tan grande ciudadano.
Que la pátria, en el lecho funerario
Recuerdo de su nombre dejará,
Y en el mismo, y en cada aniversario,
Su gloria y su virtud ensalzará.
Y si en la noche triste y solitaria,
Este sitio venis á visitar,
Y á dirijir en él vuestra plegaria,
Un rasgo de la gloria habeis de hallar;
Vereis que tachonado el firmamento
Con millones de estrellas, nubes de oro,
En armonioso y en sublime coro
Los ángeles darán su dulce acento.
Los mártires, las vírgenes del cielo,
Entre globos de incienso y de colores,
Pondrán palmas, coronas, bellas flores
Y un esplendente y argentado velo.....
Víctima sacrosanta, yo te admiro:
Lleno estoy de respeto y gratitud;
Por ofrenda recibe mi suspiro,
Porque en mi alma no cabe ingratitud.

Contigo nunca hablé, mas fuí tu amigo,
Y al pueblo pido luche denodado,
Porque muerda la tierra su enemigo
Y venere tu nombre inmaculado.

Méjico, Julio de 1862.—*Leandro Cuevas.*